

# CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Cada uno de nosotros ha estado en un punto crucial en el que los patrones que aprendíamos en un hogar disfuncional encontraron una oportunidad de recibir la gracia y estuvimos dispuestos a hacer lo que antes no hacíamos: pedir ayuda y seguir un nuevo conjunto de indicaciones. Para muchos hijos adultos, ese punto de inflexión no se limita solo a sustancias o conductas. Se refiere al mundo interior que llevamos hasta la edad adulta, incluyendo el temor, la necesidad de complacer a los demás, el perfeccionismo, el control, el aislamiento y un muy desarrollado sentido de responsabilidad hacia los demás. En ese momento, la autosuficiencia se transforma en la necesidad de tener a Dios, dejándonos con lo que podríamos llamar pobreza de espíritu. Puede ser que no hayamos elegido el hogar en el que crecimos, pero podemos elegir qué hacer con lo que se abre frente a nosotros.

Ser pobre de espíritu significa dejar de fingir que podemos racionalizar nuestras heridas o trabajar en exceso en nuestra ansiedad. Significa convertirse en un recipiente vacío, disponible para que la gracia de Dios sea derramada en él. Así como la arcilla debe ser blanda y maleable para que un alfarero pueda darle forma, así estamos llamados a la humildad que permita a Dios tomar la iniciativa. En lugar de buscar consuelo en conductas de afrontamiento o en defensas emocionales, empezamos a encontrar consuelo en algo más sereno y fuerte: vivir otro día anclado en la verdad, los límites y la confianza. Podemos vivir con la integridad de la acción diaria que fortalece nuestra recuperación y nuestra dependencia de la Gracia de Dios.

Puede ser fácil confundir la desesperación con la valentía. Quizá estemos más dispuestos a buscar la sanación cuando nos sentimos abrumados o abandonados que cuando la vida

parece estable. Sin embargo, la recuperación nos enseña a aprovechar esa disposición inicial y construir rasgos duraderos que nos mantengan en devoción hacia Dios y hacia nuestra sanación. El objetivo no es mantenerse en la desesperación. El objetivo es mantenerse con disposición.

Tanto la recuperación conforme a los Doce Pasos como la fe católica presentan testimonios sobre lo que es una vida feliz. Una de las descripciones más directas se encuentra en el Evangelio de este domingo (Mateo 5, 1-10), cuando Jesús proclama las Bienaventuranzas ante una multitud atenta a Sus palabras:

*Cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles, hablándoles así: “Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.”*

Para los hijos adultos, las Bienaventuranzas ofrecen un nuevo mapa para la vida interior. El duelo se convierte en permiso para lamentar lo que no recibimos y lo que perdimos, sin negarlo ni minimizarlo. La mansedumbre se convierte en fuerza que no está orientada a controlar. El hambre y la sed de justicia se convierten en un deseo de vivir en la verdad en lugar de en viejos patrones. La construcción de la paz se convierte en aprender a establecer límites sanos y hablar con honestidad, incluso cuando parezca arriesgado. La pobreza de espíritu nos

mantiene con disposición de aprender, recordándonos que Dios puede guiar y restaurar lo que estaba dañado.

Es ahí donde la desesperación se convierte en valentía. Seguimos practicando la disciplina de la recuperación después de que concluye la crisis. Nos mantenemos unidos a otros, decimos la verdad sobre lo que sentimos, e invitamos a Dios a que entre en nuestro temor. Al pasar el tiempo, nos volvemos menos reactivos y más firmes. El Reino de los Cielos se acerca mientras vivimos con humildad, claridad y confianza, un día a la vez.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué rol o patrón de afrontamiento de tu infancia sigue moldeando hoy en día tus decisiones?
- ¿Qué Bienaventuranza llega de manera más directa a tu sanación en este momento, y por qué?
- ¿Qué límite has puesto o que práctica espiritual te ayuda a mantenerte con los pies en la tierra cuando el temor o la necesidad de complacer a los demás aumenta?

## LECTURAS DOMINICALES

**PRIMERA LECTURA** Sofonías 2, 3; 3, 12-13

**SALMO RESPONSORIAL** Salmo 146, 6-7, 8-9, 9-10

**SEGUNDA LECTURA** 1 Corintios 1, 26-31

**EVANGELIO** Mateo 5, 1-12a